

el árbitro supremo de toda la Europa y resolvería después á su gusto la cuestion turca definitivamente (1).

Con dolor vió Metternich que ya no era él el director espiritual de los soberanos absolutistas, como en los bellos tiempos de los congresos de Laibach y Verona; pero su horror á la revolucion, que desde 1830 veía siempre delante, le arrojó con fuerza irresistible en brazos de la Rusia, como «la única potencia inflexible y consecuente, que no transigia con la revolucion.» Grande fué su disgusto y el del czar cuando sus propósitos no encontraron en Berlin el obediente apoyo con el cual habian contado seguramente, y les pareció una verdadera felonía que el anciano rey Federico Guillermo III, á pesar de su ministro Ancillon, discípulo sumiso del canciller austriaco, se empeñase en preferir la paz á la guerra, aunque no se atreviera á declarar su divergencia francamente. Metternich sabía con quién se las había, y creía que puesto el rey de Prusia frente á frente de los dos emperadores, no se atrevería á tener una opinion diferente de la de ambos, pero se engañó; el rey en su angustia buscó todos los medios de eludir todo compromiso decisivo, que le habria expuesto á la venganza de la Francia. Por vía de prelude de la proyectada conferencia vióse Metternich con Ancillon en los baños de Teplitz, donde se hallaba á la sazón, segun su costumbre, el rey de Prusia, que desde allí no pudo negarse á hacer una visita al emperador Francisco en Theresienstadt, á donde este habia ido á excitacion de su canciller. No pasó la entrevista de simple acto de cortesía, tanto mas cuanto que el czar Nicolás habia destinado la ciudad de Münchengratz para la reunion de los tres soberanos y de sus ministros. Al dirigirse el autócrata ruso á aquel punto, y á su paso por Schwedt, adonde habia ido el rey de Prusia para saludar á su yerno imperial, tuvieron ambos una entrevista. Nicolás encontró á su suegro muy poco favorable al tratar de tomar disposiciones coercitivas contra la Francia revolucionaria, y por otra parte, Federico Guillermo, para mejor eludir todo compromiso grave, hizo representar en las conferencias de Münchengratz por su hijo el príncipe heredero, sin enviar á Ancillon, su ministro principal; de modo que la conferencia solo se celebró entre los dos emperadores y sus respectivos cancilleres, desde el 9 de setiembre hasta el 19 del mismo mes. El primer asunto que trataron fué la herencia turca, porque el czar no dudaba de la inmediata descomposicion de este imperio y le convenia proceder, en todo caso, de acuerdo con el gabinete de Viena. Su deseo, segun habia dicho al emperador, era conservar el imperio turco, y si estaba condenado, á pesar de todo, á desaparecer, no ambicionaba ninguna parte de su territorio, pareciéndole mejor elevar sobre sus ruinas un imperio griego. Metternich no se dejó alucinar, porque demasiado comprendia que el verdadero soberano de este imperio seria el czar de Rusia, y propuso, en cambio, la formacion de varios Estados independientes en que cristianos y mahometanos tuvieran iguales derechos y administracion, y jefes especiales. En fin, llegaron los dos soberanos á concertarse, y firmaron el convenio de 18 de setiembre, en el cual se obligaron á contribuir como hasta entonces á la conservacion del imperio turco bajo su antigua dinastía y oponerse á toda combinacion contraria. En dos artículos secretos se comprometieron á

(1) No le faltaron aduladores en Alemania, que en su ignorante servilismo excedían á los apologistas rusos mas entusiastas de su raza y país. Véase lo que escribió Soldtmann, en 1839, en un libro titulado: *La Pentarquía europea*: «Para las naciones del Occidente en su demencia ya no hay nada sagrado, y se acercan rápidamente á su ruina; solo la Rusia conserva su equilibrio; es potencia jóven y robusta entre los demás Estados europeos caducos, y que deben darse prisa á refugiarse bajo el protectorado ruso.»

impedir que el virey de Egipto extendiera su dominio sobre las provincias europeas de la Turquía, y si contra su voluntad cambiase el estado actual de este imperio, prometieron proceder de acuerdo. Con esto creyó Metternich haber atado las manos al autócrata ruso, pero en realidad se habia dejado encadenar por él al carro de su triunfo.

Al día siguiente firmaron otro convenio cuya parte principal era tambien secreta. En este documento se garantizaban mutuamente los dos soberanos la posesion de sus provincias polacas y el auxilio armado contra toda insurreccion en ellas. Además estipularon la extradicion de los fugitivos políticos, la vigilancia de los sospechosos, disposiciones preventivas contra todo abuso de la neutralidad por parte de la república de Cracovia, y en caso necesario la ocupacion militar de su territorio. Un tercer convenio fijó la política de los dos emperadores respecto de la Francia, oponiendo al principio de no-intervencion apadrinado por la monarquía de julio, el derecho internacional de la intervencion contra la propaganda revolucionaria, mas para obtener en esta parte la adhesion de la Prusia se aplazó la realizacion de la estipulacion para despues de haberse celebrado una entrevista de los dos emperadores con el rey en la capital de este, á donde en efecto se dirigieron y la celebraron al poco tiempo. Federico Guillermo III se adhirió al convenio, como estaba previsto, en 15 de octubre, pero á condicion de que se mantuviese secreto y de que cada una de las tres potencias comunicara separadamente al gobierno francés su adhesion al principio de la intervencion solidaria. Como puede pensarse, á consecuencia de esta última condicion fueron muy diferentes las tres notas, y en especial muy reservada la de Prusia, aunque todas tres declararon unánimes que si el gobierno francés no era capaz de sofocar en su territorio conspiraciones contra Estados extranjeros, podrian estos verse precisados á solicitar el auxilio de los aliados, que no lo rehusarian, y que considerarían las tres y cada una de por sí toda resistencia como hostilidad directa. A todo esto quitó la reserva sutil de la Prusia la parte peligrosa, y el ministerio francés, dirigido por el duque de Broglie, pudo contestar muy tranquilamente que la Francia reconocia solo condicionalmente este derecho de intervencion pretendido por las tres potencias; que, desde luego, de ningun modo permitiría intervencion extranjera alguna ni en Suiza ni en Bélgica, y en otras partes procedería segun sus intereses. Posteriormente añadió á los dos países neutrales el reino de Cerdeña. El gabinete inglés, persuadido de que los dos emperadores se habian entendido en Münchengratz sobre la particion eventual de la Turquía, se acercó mas que antes á la Francia, y esta dió algunos pasos para restablecer la confederacion del Rin, ofreciendo á los pequeños soberanos alemanes su proteccion contra las tendencias absorbentes de la Prusia y del Austria. Esto dió ocasion á una correspondencia vivísima entre las partes interesadas, que se complicó peligrosamente con la cuádruple alianza del 22 de abril de 1834. Pero el público nada llegó á sospechar de la inminencia de otra guerra general, que si no estalló fué por la prudencia de Luis Felipe. En efecto, el monarca francés guardó el secreto de las notas insolentes que le enviaron los gabinetes absolutistas y que en el estado en que se hallaba la nacion francesa habrian producido una explosion; Luis Felipe, por su parte, temia exponer su corona en una guerra general; Metternich sentía la necesidad de acercarse á la Inglaterra, y el rey de Prusia, que nada podia ganar y sí solo perder, siguió sin apartarse un ápice de su política prudente, y el czar no consiguió cambiarla con su aparatosa cordialidad. Si Nicolás asistió á los grandes simulacros verificados en Silesia, el rey de Prusia con igual cortesía asistió á su vez con varios príncipes de la

familia real á la gran revista y simulacro que el czar puso en escena en Kalich, en Polonia (1).

Apresuróse tambien el rey de Prusia á complacer al emperador Nicolás retirando á su embajador de Bruselas como lo hizo tambien el gobierno de Viena, porque el rey de Bélgica habia tenido la desfachatez, así la calificó el czar, de dar el mando en jefe del ejército belga al emigrado polaco Skrzynecki.

La causa de la paz recibió una nueva probabilidad á su favor con la muerte del emperador Francisco, en 1.º de marzo de 1835, y la subida al trono de su hijo mayor Fernando I (V en Hungría y Bohemia), sujeto á ataques epilépticos, y hombre de carácter inofensivo, bondadoso, sin voluntad propia y de pocos alcances, por cuya razon llevaron el gobierno en su reinado mas que nunca Metternich, el archiduque Luis y otros, reduciendo así todo el trabajo del monarca á poner su firma en los documentos que la necesitaban, y aun este trabajo le molestaba. Metternich era poco menos que amo absoluto, porque todos le obedecian, y entonces pudo dedicarse por entero al sostenimiento de sus principios favoritos. Para ello le convenia ante todo conservar la alianza entre las tres potencias defensoras del absolutismo, conforme escribió en 12 de marzo de 1835 al conde de Ficquelmont, enviado extraordinario del Austria en San Petersburgo, diciendo: «Mientras exista la union entre los tres monarcas, queda para el mundo esta áncora de salvacion; y como no veo poder maligno alguno capaz de destruir esta union, resulta que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» A su instancia reuniéronse los tres monarcas en noviembre de 1835 en Teplitz, y allí convinieron todos en conservar su union, si bien el czar hubo de convenirse con sentimiento suyo de que con el nuevo emperador no habia que pensar en la cooperacion del Austria para una política belicosa contra la Francia revolucionaria. Los temores que procuró excitar en Viena y en Berlin de una revolucion nacional en Italia y de una invasion francesa en Alemania, no produjeron el efecto deseado. La Francia moderna pudo vivir tranquila.

El segundo punto que trataron los soberanos en Teplitz fué la conducta de la república de Cracovia, que continuaba siendo el asilo natural de los conspiradores polacos, á pesar de cuantas mortificaciones la imponian las tres poderosas potencias vecinas, como la ocupacion rusa, en 1831, y el cambio de la constitucion, que la obligaron á aceptar á la fuerza, en 1833. El czar Nicolás quiso acabar del todo con aquel pequeño y postrer asilo de la nacionalidad polaca, ya para hacer desaparecer el foco de conspiraciones, ya para dar á la Inglaterra y á la Francia una prueba de su menosprecio. Convinieron, sin embargo, en proceder con cautela por atencion al rey de Prusia, que huía de todo lo que pudiera atraerle compromisos y disgustos con cualquiera gran potencia. Al Austria quedó adjudicada la pequeña república, la cual debia solicitar, como primer paso para su incorporacion completa en la monarquía austriaca, su inclusion aduanera en ella (2). Al año siguiente las tres potencias ocuparon militarmente el territorio y la ciudad de Cracovia, bajo el pretexto de obtener la expulsion de los refugiados políticos, y entonces quiso el Austria quedarse definitivamente con la

(1) De la altanería é insolencia rusas respecto de la Prusia ofrece una muestra la relacion que un oficial ruso publicó del encuentro ó visita en Kalich, que lleva por título: «Relacion de un soldado de los dos soberanos, el ruso y el alemán, de como el ruso sobrepusó en todo al alemán y de cuán generosamente trató aquel á este.» Por esta relacion nombró el czar al autor edecan suyo. Véase la curiosa obra: *Russische Wandlungen* (1882), págs. 177 y siguientes.

(2) Tratado del 14 de octubre, publicado por primera vez por Martens en su *Coleccion de documentos*, etc., tomo I, págs. 1 y 472.

república, pero se abstuvo de hacerlo en vista de la enérgica protesta del parlamento inglés, á la cual agregó el rey de Prusia sus súplicas particulares. El instante era, sin embargo, favorable, porque el gabinete francés, presidido á la sazón por Thiers, estaba dispuesto á dejar hacer en atencion al casamiento que se negociaba entonces del príncipe heredero, el duque de Orleans, con una archiduquesa austriaca. Esta complacencia de Luis Felipe le valió una mirada benigna de los tres soberanos absolutistas. El casamiento no se llevó á efecto y la incorporacion de Cracovia quedó aplazada, pero entretanto habia ido empeorando la situacion en Oriente.

El convenio hecho entre los dos soberanos de Austria y Rusia en Münchengratz respecto de la suerte del imperio turco, era ya una prueba patente de que ninguna paz duradera se prometían los dos emperadores del tratado firmado en Cutaya entre la Puerta y su vasallo de Egipto. Efectivamente, el sultan recordaba constantemente la humillacion sufrida, y Mehemet Alí, en lugar de hacérsela olvidar con su conducta, hizo todo lo contrario; aparentando sumision y obediencia, fué moroso en el pago del tributo, continuó aumentando con actividad incansante sus fuerzas terrestres y marítimas, y hasta ocupó los distritos de Orfa y Raca, que no le habian sido concedidos.

El sultan Mahmud, por su parte, habia ido cobrando nuevos bríos á consecuencia del restablecimiento de su autoridad en Anatolia por Reschid, su generalísimo; de una sublevacion en Siria contra el nuevo gobierno egipcio, en 1834, por no haber cumplido ninguna de sus promesas y haber, por el contrario, aumentado las contribuciones, la quinta y el ejército; de la sumision de Trípoli bajo la autoridad otomana, y finalmente de las reformas que habia introducido con energía desusada en el gobierno interior de su imperio, llegando hasta á abolir el antiguo traje anchuroso oriental y el turbante en el ejército y la administracion, reemplazándolos con el moderno traje europeo. El ejército habia ganado mucho á consecuencia de la cooperacion de cinco oficiales que el rey de Prusia habia enviado al sultan á su solicitud. Todas estas innovaciones encontraron por supuesto una resistencia obstinada entre los turcos fanáticos, que finalmente consiguieron la destitucion de Khosrev, el gran visir reformador y privado del sultan, valiéndose de la peste que en 1836 asoló al imperio y que hicieron creer al vulgo que era un castigo de Dios á causa de las reformas. Khosrev habia sabido sostenerse 35 años en la privanza del sultan y en los empleos mas elevados, deshaciéndose de todos sus rivales sin consideracion ni escrúpulos de ninguna clase; habia elevado en este tiempo á 32 esclavos suyos á bajás y gobernadores de provincia, y un hombre de tanta influencia, que ningun sultan se habria atrevido antes á destituir sino haciéndole estrangular, fué despedido por Mahmud con todas las atenciones, lo cual era una prueba inequívoca de los grandes progresos modernos que se habian aclimatado en la Turquía oficial como en el pueblo. Al año siguiente volvió á llamarle el sultan y le reintegró en sus empleos, lo cual indicaba una política hostil al virey de Egipto, y si se aplazó la guerra entre ambos, porque Mehemet Alí estaba tambien decidido á ella para hacerse completamente independiente, fué por las negociaciones activas de las grandes potencias, que temian las unas los proyectos codiciosos de la Rusia, y esta con sus aliadas la revolucion que en sus Estados podia encender una guerra que indudablemente se habria hecho general.

Esta perspectiva impidió al emperador Nicolás aprovechar la ocasion de intervenir en la contienda entre el sultan y su poderosísimo vasallo, conforme podia haberlo hecho en virtud del convenio de Hunkiar-Skelessi; hasta tuvo la delicada

deza de no hacer sentir siquiera al sultan su protectorado y aun de evacuar á Silistria sin dificultad tan luego como hubo pagado el sultan, en setiembre de 1836, el último plazo de la indemnizacion de guerra convenida. Para mayor tranquilidad de Francia é Inglaterra dió todavía un paso mas, que por otra parte convenia á su plan de debilitar y hacer que se neutralizaran mutuamente la Puerta y el Egipto, hizo declarar por su embajador á Francia que no se creia obligado por el convenio de Hunkiar-Skelessi á prestar su auxilio armado á la Puerta si esta se precipitaba en una guerra sin necesidad.

Respecto de la Rusia estaban completamente de acuerdo los gabinetes de Lóndres y París, pero no respecto del Egipto. El gobierno francés, sin renunciar á su resolucio de proteger á la Turquía, seguia su política tradicional de aumentar su poderío en el Mediterráneo y de consiguiente su influencia cerca de Mehemet Ali, el virey regenerador del Egipto, para hacer, segun Napoleon, del Mediterráneo un lago francés y para contrarrestar la influencia inglesa. El gabinete inglés, por su parte, no podia consentir en que la Rusia se arrogase el protectorado de la Turquía y la Francia el del Egipto; lord Palmerston decia que si la India peligraba era por el lado del Egipto. Quería, pues, como la Rusia, pero por otro motivo, que el poder del virey quedara circunscrito dentro de límites prudentes. Inglaterra deseaba no debilitar á la Turquía para no entregarla á la Rusia, y por lo mismo creia que el gran peligro para la Europa era que se estableciera una inteligencia entre la Rusia y la Francia. Por esta consideracion llevó su condescendencia para con la Rusia tan lejos, á pesar de la ruidosa indignacion manifestada por la nacion inglesa, que consintió sin reclamacion que los rusos apresasen un buque mercante inglés, la *Vixen*, cuyo capitán llevaba contrabando de guerra á los cherqueses, en la costa oriental del Mar Negro, que desde 1829 pertenecia á la Rusia, y hasta destituyó al secretario de la embajada inglesa en Constantinopla por haber favorecido el contrabando y ser adversario fanático de la Rusia.

Al motivo político que hacia á la Inglaterra adversaria de Mehemet Ali, se agregaba otro mercantil. La Puerta habia autorizado á Inglaterra á establecer una linea de vapores en el Éufrates hasta Bir, pero el virey no quiso dar la concesion desde Bir hasta la embocadura del Orontes, haciendo así ilusorio el proyecto inglés de una comunicacion directa con la India. Mas directo y mas sensible fué el daño que hizo el virey al comercio inglés con su política mercantil é industrial, porque no contento con haber monopolizado la propiedad territorial y su cultivo, quiso monopolizar tambien la industria fabril, y estableció fábricas donde los braceros del campo, los fellahs, cultivaban como esclavos el algodón y la seda producidos en el país, que habia de proveerse de las telas que necesitaba en los almacenes del virey. A fin de hacer cesar esta competencia y reducir de paso los recursos del virey, el embajador inglés en Constantinopla, lord Ponsby, consiguió del sultan en 1836 que anulara los monopolios egipcios como contrarios á los tratados existentes entre Turquía é Inglaterra, y dos años despues, en 16 de agosto de 1838, firmó el nuevo embajador inglés Bulwer con el sultan el célebre convenio de Balta-Liman, por el cual quedaron abolidos definitivamente los monopolios y reunidas en un derecho de puerto único un sinnúmero de gabelas. Además fué declarado libre el comercio en el interior del país con productos del mismo, y se fijó un nuevo arancel. Al saber esto en los demás países apresuráronse los respectivos gobiernos á obtener las mismas ventajas que el de Constantinopla, con lo cual el comercio de Levante adquirió un desarrollo nunca visto.

En enero de 1839 posesionóse la Inglaterra del peñon de Aden, que trasformó en otro Gibraltar del Mar Rojo, antes que lo hiciese Mehemet Ali, que ya entonces se habia apoderado de la costa occidental de la Arabia.

Muy astutamente habia procedido el gobierno turco al firmar el tratado de Balta-Liman, porque si su vasallo se conformaba con él perdía su tesoro o poderoso recurso, y si no lo admitia, se exponia á habérselas con Inglaterra. En tan crítica situacion, Mehemet Ali, habiéndose convencido además de que las potencias no estaban dispuestas á reconocerle por soberano independiente del gran imperio egipcio-árabe que intentaba reunir bajo su cetro, cambió súbitamente de actitud y sometióse al sultan, evacuó á Orfa y Raca, pagó sus tributos y hasta hizo al sultan un presente de doce millones de piastras; pero se equivocó si con esto creyó lograr lo que no habia podido conseguir con las armas; todo lo mas que pudo arrancar á su soberano fué que en febrero de 1837 se le ofreciera el gobierno hereditario del Egipto y el vitalicio de la Siria marítima, en cambio de un aumento de tributo. Rechazó el ofrecimiento, considerándolo como un ultraje, y el decreto que abolió los monopolios le llenó de ira; pero se detuvo, y escuchando el prudente consejo del gobierno francés de no colocarse en una posicion falsa, contestó al sultan con buenas palabras, sometiendo al convenio de Balta-Liman con la reserva mental de no observarlo.

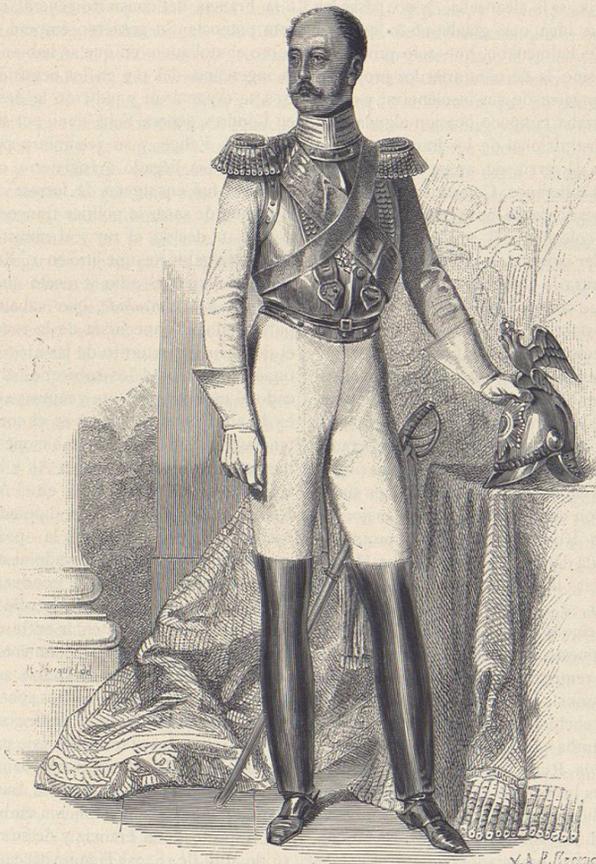
A medida que se estrecharon de esta manera las buenas relaciones entre la Inglaterra y la Turquía, crecieron los brios del gobierno de Constantinopla enfrente del Egipto. Esto puso en cuidado al gabinete inglés, que veia en una nueva guerra con el virey una derrota inevitable del sultan y tras ella la proteccion rusa, que lord Palmerston trataba de evitar á toda costa. Por lo tanto, propuso al sultan y al soberano ruso la sustitucion del convenio de Hunkiar-Skelessi por otro mas general, garantido por las cinco grandes potencias. La idea fué aceptada con avidez por el emperador Nicolás, pero ya era demasiado tarde, porque el sultan, que no podia olvidar la pérdida de la Siria y que además se hallaba física é intelectualmente caduco á consecuencia de toda clase de excesos, que habian originado un principio de reblandecimiento del cerebro, tenia el deseo, convertido ya en monomanía, de castigar al virey, que se habia apropiado aquella rica provincia. Contaba con su ejército reorganizado por los oficiales prusianos, y que mandado por el general Hafiz, de origen cherqués, estaba acantonado en la Anatolia para rechazar toda tentativa de invasion de las fuerzas egipcias. Siete años hacia que estaban allí frente á frente, observándose mutuamente ambos ejércitos, hasta que el tesoro del sultan no pudo ya sostener por mas tiempo el suyo en pié de guerra y se vió en la necesidad imperiosa de licenciar parte de sus fuerzas. Antes de llegar á este extremo fatal quiso hacer un esfuerzo desesperado, aprovechando una insurreccion vasta de los drusos en Siria, que Ibrahim sofocó sin consideracion á nadie. El sultan ordenó el avance, sin hacer caso de los consejos prudentes de los representantes de las potencias amigas ni de los oficiales prusianos, y el resultado fué la derrota completa de Nisibe. En el mes de abril de 1839 abandonó el ejército turco á Matatié, y luchando con dificultades inmensas pasó el Tauro, luego el Éufrates y ocupó una posicion ventajosísima en Birachik, despues de haber tenido muchas bajas por desercion y fatigas, porque la mayor parte de la tropa eran reservas y reclutas, mandados por oficiales sin instruccion ni práctica.

No era mucho mejor el estado del ejército egipcio, cuyo jefe además debia aguardar orden del virey, que estaba en Alejandría, para emprender un movimiento ofensivo.

En esta situacion, el sultan publicó el decreto de 9 de

junio, en que declaró rebeldes y fuera de la ley al virey y á su yerno y generalísimo Ibrahim. El 30 del mismo mes murió Mahmud, dejando el trono á su hijo Abdul Medyid, joven de 17 años, que aconsejado por el gran visir de su padre, el anciano Khosrev, decidió entrar en negociaciones para llegar á un arreglo amistoso; pero ya era tarde, porque el 24 de junio habia quedado destruido el ejército turco cerca de Nisibe. Contra los consejos de Moltke, que entonces, con el grado de comandante, servia como uno de los ya menciona-

dos oficiales prusianos en el ejército turco, el general Hafiz habia abandonado su excelente posicion cerca de Birachik para ocupar otra tres horas mas al Este, cerca del bajo Nisibe. El calor era sofocante y las fuerzas turcas estaban separadas todavía por grandes distancias cuando Moltke advirtió que Ibrahim hacia preparativos para cercar á los turcos; entonces suplicó á Hafiz que se retirara en seguida á Birachik antes que se viera copado; y viendo que todos sus consejos eran inútiles, dimitieron él y sus colegas prusianos su cargo



El emperador Nicolás I de Rusia.—Facsimile de un grabado de H. Pauquet

de consejeros, dejando á Hafiz toda la responsabilidad de sus actos (1). Dos dias despues, el 24 de junio, tuvo efecto la accion, y cuando Hafiz regresó á Malatié no le habia quedado ni una pieza de artillería y habia perdido mas de las cinco sextas partes de su ejército.

Este rudo golpe fué seguido de otro no menos funesto, que fué la entrega de toda la escuadra turca á Mehemet Ali en 5 de julio, por Ahmed Fevzi, el hombre de confianza del sultan difunto, que de acuerdo con el almirante francés Lalande y el virey condujo los buques que tenia á sus órdenes á Alejandría, donde los entregó, porque el plan era proclamar regente de todo el imperio al virey durante la menor

(1) Véase la obra de Moltke, escrita en aleman: *Cartas sobre la Turquía y los sucesos allí ocurridos desde 1835 hasta 1839*, segunda edicion, 1876, págs. 377 y siguientes.

edad de Abdul Medyid y vengarse del gran visir Khosrev, enemigo mortal del virey.

La consternacion fué grande en Constantinopla, no solamente en el palacio del sultan sino tambien en algunas embajadas, porque era natural que la Puerta, sin ejército y sin escuadra, solicitara el auxilio de la Rusia en virtud del tratado de Hunkiar-Skelessi, no invalidado todavía. A fin de evitar este extremo peligroso y reanimar al gobierno del sultan, que estaba á punto de acceder á todas las exigencias de Mehemet Ali, los representantes de las cinco grandes potencias, sin exceptuar á Buteneff, embajador de Rusia, dirigieron, á instancia de Metternich, en 27 de julio una nota colectiva al gobierno turco pidiéndole que suspendiera toda resolucio hasta saber la de las potencias. Pero fué el caso que estas no supieron ponerse de acuerdo. El gabinete inglés,